

## Menores víctimas o las mayores víctimas....

Niños de la calle, niños soldados, menores no acompañados.... Lo que tienen en común estos seres, que encontramos desde Sierra Leona hasta Singapur pasando por España, Colombia u otros países de los llamados primer y tercer mundo, es la condición de menor o sencillamente de niña o niño. Hablamos de un fenómeno social que, desgraciadamente, es una realidad en muchos países. Por una razón u otra muchos menores que, teóricamente deberían de gozar de los derechos básicos como el acceso a la educación formal o tener garantizado un cobijo o una sanidad gratis, etc., se ven obligados a moverse en un ambiente que les despoja de cualquier calificativo menos el de un horizonte esperanzador para no hablar de futuro.

Os invito a acompañarme a este viaje con muchos caminos pedregosos y, a veces sin salida, pero muy didáctico para adentrarnos en el mundo de unos menores que a pesar de la lejanía de sus países y costumbres comparten muchos más de lo que nos podríamos imaginar.

Iniciando nuestro viaje por las de calles de Brazzaville, Chicago, Bogotá o China, nos damos cuenta que la palabra futuro esta desprovisto de cualquier sentido para estos “niños” que tienen como única referencia “la calle” cuando su referencia debería de ser además de calle, la Escuela o la Familia. Cuando hablamos del fenómeno de los “niños de la calle”, hay que distinguir tres tipos de niños: *los niños que viven y residen en la calle, los niños que trabajan en la calle pero tienen una familia y un hogar y los niños en las calles que aunque se encuentran en una*

*situación de fuga temporal pueden terminar por quedarse en la calle.* Son estos menores descalzos y vestidos en harapos, limpiando zapatos o los parabrisas de un coche a cambio de unos malditos centavos. A sus 10 años, David tiene una vida que la mayoría de las personas adultas no nos podríamos ni imaginar vivir a su edad. Pasando un día con él, nos podemos hacer una caricatura de la vida diaria de los centenares de miles de niños que están en la misma situación. A las 5:30h de la Madrugada, David recoge sus cartones que le sirven de cobijo en las estrechas calles de un mercado que se convierte en lugar de “peregrinaje” de muchas personas a lo largo del día. A partir de este momento, empieza una maratón que le lleva primero a la fuente de agua más próxima para lavarse la cara jovial e inocente, a pesar de todo. De ahí prosigue a la siguiente parada donde se junta con sus coetáneos y “compañeros de alma” en el mercado donde van buscando la primera comida del día, que no es otra cosa que los platos sobrantes de los trabajadores que por las prisas y el estrés ni logran terminar la taza de café y la pieza de pan que encargaron 20 minutos antes. De ahí, nuestro amigo David, se va a su puesto de trabajo que no es otro que el semáforo que se encuentra a unos 500 metros. Ahí durante 14 horas, se mueve al ritmo de los colores de las luces del semáforo, limpiando parabrisas los pocos segundos que paran los coches de toda marca y gama. Con suerte, pillara unas monedas que se han convertido en la peor enfermedad inventada por el Capitalismo. Son las 23:48h, acaba una jornada intensa y David vuelve a su cueva cobijado en un rincón entre

cartones ante la indiferencia de los últimos comerciantes y los sin techos que vienen a tomar el relevo de estos últimos.

Seguimos nuestro largo viaje. Tras una semana de arduo camino con el tránsito obligado a los lugares más exóticos que se pueden imaginar, llegamos por fin a nuestro siguiente destino: Freetown, la capital Sierra Leona. Nuestro anfitrión nos lleva a unos 250 km de camino pedregoso para que conozcamos en persona a nuestro siguiente protagonista. Se llama Mamadou y tiene 11 años recién cumplidos. Nos recibe con un atruendo que se suelen poner los soldados en las películas de guerra. Aún, no logro salir de mi asombro y cada noche me sigue persiguiendo la pesadilla de este niño soldado que tiene en sus antecedentes un expediente digno de cualquier delincuente de un grupo armado o rebelde. La diferencia es que Mamadou es tan solo un niño que se vio obligado o casi forzado, diría yo, a juntarse con otros niños de su edad para defender “una causa estúpida” inventada por los mismos adultos irresponsables que están destruyendo la capa de Ozono, por ejemplo, para obtener unas estúpidas ganancias económicas. No hace falta pasar más de una hora con Mamadou para darse cuenta del lavado de cerebro que ha sufrido. Lo cual lo ha llevado a elegir las armas en lugar del cuaderno y del bolígrafo.

Como si de un sueño, se tratase no logro salir de mi estupefacción cuando llegamos a la última parada de este viaje infernal. En las calles de Granada, repletas de turistas a esta época del año, distinguimos un grupo de chavales que parecen esconder detrás de sus miradas inocentes un miedo y una soledad que saltan a primera vista. Tras observarlos un buen rato, me acerqué al lugar donde

llevan sentados muchas horas como si vigilaran algo sospechoso. Mi sorpresa fue de la más grande al acercarme, cuando dos de ellos salen huyendo a pasos gigantes y veloces. No logro entender el motivo de tal huida cuando, con toda la buena intención del mundo, me acercaba solo para que únicamente, me explicasen el motivo que lleva a 4 chavales de su edad a frecuentar las calles de la ciudad cuando sus pares están frecuentando la Escuela a estas horas del día. Tras dos horas de charla interesante, Said, el mayor de los dos que se habían quedado en el lugar, decide contarme con una relativa tranquilidad la historia de los dos menores que habían huido ante la presencia de un extraño. Habib y Adoul tienen respectivamente 11 y 13 años. Los dos emprendieron, hace apenas 9 meses, un viaje desde Tánger, en busca de un futuro prometedor en tierras españolas. Escondidos debajo de un camión, llegaron a la Capital Granadina con toda la ilusión del mundo, dejando atrás familias y pandillas de amigos. Desgraciadamente, como si de un relámpago se tratase, su ilusión se convirtió en un calvario. Los casos de Habib y Abdoul no son, ni mucho menos, aislados. Es sencillamente el caso de muchos menores, que llegaron a España con una mochila llena de ilusiones de encontrar el futuro tan prometedor que no pudieron tener en sus países de origen. Sin embargo, rápidamente esta ilusión se convierte en el peor de sus pesadillas. Al final, acaban convirtiéndose, en la mayoría de los casos, tarde o temprano en “niños de la calle” que otros llamarían la “generación NI-NI”.

No hace falta emprender ningún viaje para darse cuenta que más allá de la lejanía entre unos países otros, de las fronteras valladas y de los campos

minados, nos cruzamos cada día con algún menor que se ve embaucado a cambiar un lápiz y un cuaderno por otras herramientas que le permitan asegurarse su pan cotidiano o el de su familia. A veces, ni esto, he aquí la parte mas dramática de la historia, la mayoría de las veces están a la merced de unos grupos organizados que les obligan a abandonar su hábitat natural para convertirse en los

esclavos de este siglo, simplemente para satisfacer la codicia de las personas adultas. Deberíamos de pensar que por cada menor que le arrebatamos su infancia, impidiendo su aprendizaje y negándole una formación, estamos cerrando un camino hacia el futuro y estamos forjando un monstruo que se puede despertar en cualquier momento.

Assane Top